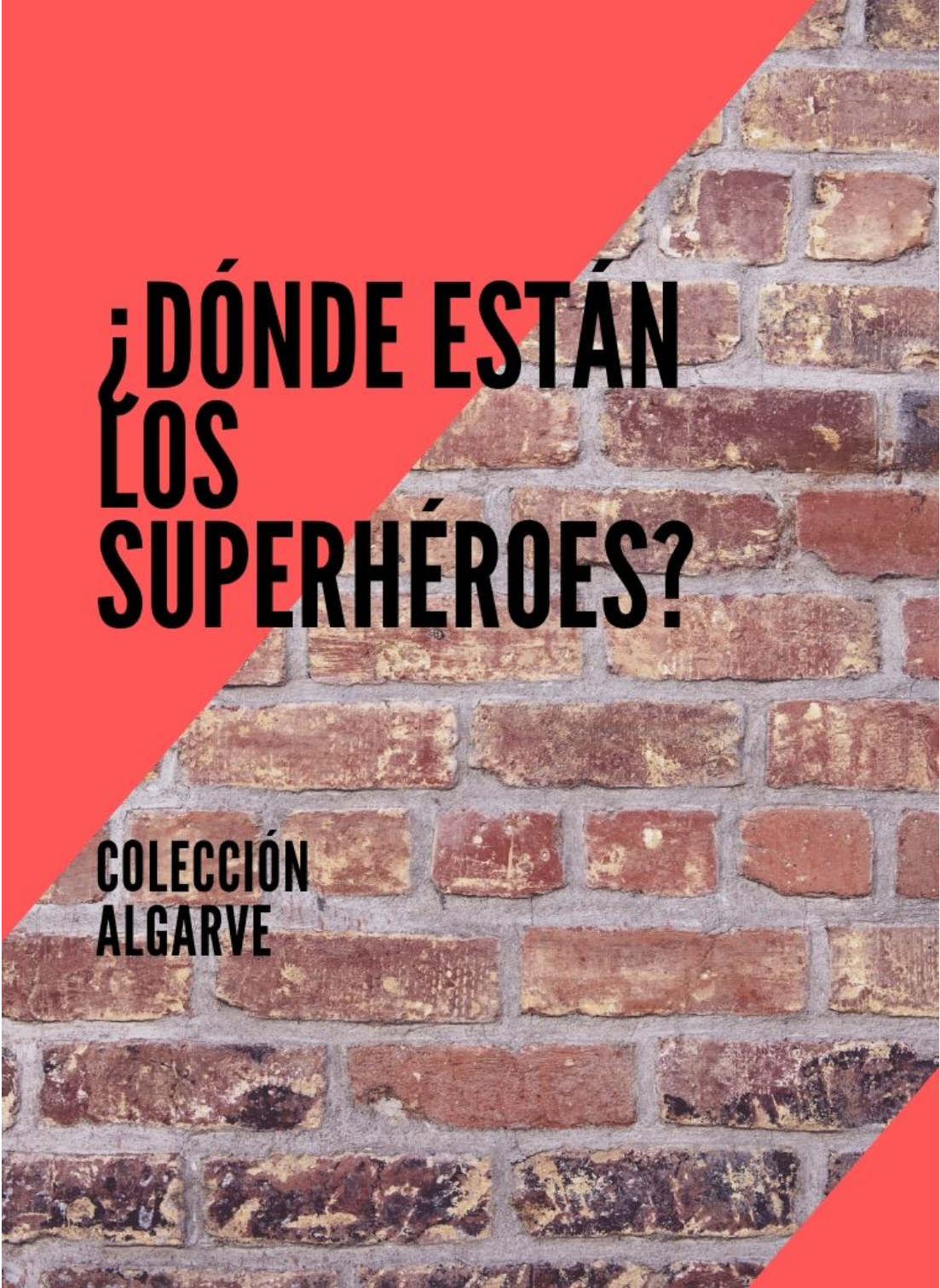


¿Dónde están los superhéroes?

Fran M. Moreno



¿DÓNDE ESTÁN LOS SUPERHÉROES?

**COLECCIÓN
ALGARVE**

Capítulo 1

Videl Ferreira estaba seguro de que hoy era el día más feliz de su vida, pero su alegría tenía un regusto amargo. Tiempo atrás había hecho un trato con su abuelo Justino: si las aprobaba todas, su abuelo le daría dinero para comprar el muñeco de Spiderman con el que había estado soñando noche y día.

Videl se había esforzado mucho, pero le quedaron matemáticas e inglés. En ningún momento se le pasó por la cabeza mentir a su abuelo, lo quería demasiado, sin embargo, al preguntarle cómo habían ido, las ganas de tener el Spiderman fueron más fuertes que el niño. Eso le hizo sentirse miserable durante bastante rato, pero cuando Justino le dio el dinero para el juguete todo se le pasó.

Ante la perspectiva de pasarse toda la tarde jugando después de una buena merienda, Videl aceleró el paso. Ya se veía con su nuevo muñeco en las manos, casi podía percibir ese olor mágico que sólo los juguetes nuevos tienen.

—¡Guau, guau! —Alguien imitando los ladridos de un perro lo sacó de su abstracción. Al otro lado de la esquina estaban Aires, Mateus y Adailton, 3 chicos de su clase que no le gustaban nada—. ¿A dónde vas, chiguagua? —preguntó Adailton mientras le cortaba el paso—. A ningún sitio... —contestó Videl bajando la mirada y apretando el billete de 50 euros que tenía en el bolsillo.

Videl odiaba que le llamaran chiguagua por su pequeño tamaño y sus ojos saltones, pero no se atrevía a plantarles cara. No a ellos.

—¿Seguro? —preguntó Mateus posándole el brazo sobre el hombro—. Porque tu casa está para el otro lado...No nos estarás engañando, ¿verdad, chiguagua? —siguió el chico mientras rodeaba el cuello de Videl con el brazo y apretaba con fuerza. Videl agarró por acto reflejo el antebrazo de su atacante, y en ese momento Aires le metió la mano en el bolsillo y sacó el billete de 50 euros.

—¿Y esto qué es? —dijo Aires con tono burlón y alzando triunfante el billete—. ¡Dámelo! —exclamó Videl intentando cogerlo sin mucha fortuna.

—Ven aquí, perro —ordenó Adailton agarrando por el cuello de la camiseta a Videl—. ¿Quieres el billete? —le preguntó pegando su frente contra la del chico—. Pues entonces sé un buen perrito y ponte a cuatro patas.

Mateus y Aires empezaron a reír y animaron a su líder. Videl estaba paralizado por el miedo y Adailton, que había sido el primero de la clase

en dar el estirón, lo tiró al suelo con violencia sin soltarle la camiseta.

—Así me gusta —dijo Adailton—. Ven, vamos a mear. —Y estiró de la camiseta a Videl, que entre gimoteos no tuvo más remedio que empezar a gatear para que la camiseta no le cortara la respiración.

—¡Vamos, ladra! —animaban los 3 chicos mientras Videl, que se sentía totalmente cohibido, fingía mear apoyando una pierna en la pared.

Adailton se dio cuenta en ese momento de que cerca de ellos había una gran mierda, que parecía bastante reciente y con toda probabilidad era de un perro enorme. Excitado por la gran oportunidad que se presentaba ante él para provocar la risa de sus amigos, arrastró a Videl hasta la gran mierda, pero este se paró en seco y empezó a suplicar que por favor no lo hiciera.

—Vamos, chiguaga —dijo impasible Adailton—. A los perros os gusta oler la mierda de otros perros.

Mateus y Aires empezaron a reírse exageradamente y empujaron también a Videl hacia la mierda. De nada sirvieron las suplicas de Videl, que se encontró a pocos centímetros del mojón maloliente.

—¡Vamos, huélelo! —gritaba Mateus—. Venga, sé un buen perro —animaba Aires. Videl, sumido en la más absoluta humillación, no pudo contener más el llanto, que empezó a brotar como cataratas de sus ojos—. Vamos, chiguagua, si ladras un poquito te dejaremos en paz... —prometió Adailton. Algo que no les hizo mucha gracia a sus amigos.

Pero la perspectiva de que todo aquello terminara sí que convenció a Videl, quien sólo pudo completar el primer ladrido. Cuando estaba todavía con la boca abierta en mitad del segundo, Adailton le puso el pie en la cabeza y se la hundió en la gran mierda de perro.

Cuando Videl levantó la cara, cubierta de lágrimas y mierda incrustada, las risas de sus tres compañeros de clase ya se habían perdido en la lejanía junto con su billete de 50 euros. ¿Dónde estaban los superhéroes cuando se les necesitaba?, pensaría Videl algún tiempo después.